



■ Voceador de prensa. Dibujo de Coriolano Leudo, 1916.

HISTORIA Y LEYENDAS DE SANTA FE DE BOGOTÁ

Personajes chapinerunos (IX)

ALBERTO FARIAS MENDOZA

▼ *Patiasao* llamaban a un campesino bueno y trabajador, que era el chalán de Don Tomás Rueda Vargas, el señor de Santa Ana, notable escritor, educador, cachaco y hombre de a caballo. Y *Patiasao* tenía un famoso piqueteadero situado en lo que hoy es carrera 7ª con calle 80, paso obligado de todos los hacendados y veraneantes que iban a sus fincas en el norte. Y en plena avenida de Chile estaba el conocido *Tout va bien*, café-restaurant, famoso también por sus deliciosas empanadas, que la gente del barrio iba a saborear, especialmente los domingos, después de la misa de once en la Porciúncula.

Pero volvamos a la calle 60 y vecinas porque, junto con el parque de la iglesia, eran el centro del poblado. En la 61, en cinco cómodas casas, vivían mi abuelo Mendoza Pérez y sus hijas. Hacia abajo las señoritas Ibáñez, descendientes de las bellas mujeres del mismo nombre pertenecientes a la historia y más abajo los Escallón; a continuación las oficinas de la Energía, manejada por el señor Latorre, y en la esquina los Villaveces. Regresando a la iglesia nos encontramos con su conocido párroco, Honorio Angel y Olarte, quien cuidó de la parroquia hasta su muerte. Otro personaje que vivía en el corazón de todos era el doctor Augusto Hoyos Frade, magnífico médico que nos atendió a todos, grandes y chicos, nos recibía del vientre de nuestras madres y más tarde cuidaba con cariño y eficacia todas nuestras dolencias. Lo recuerdo llegando a mi casa a caballo, que era como visitaba a sus pacientes, en una yegua rucia que amarraba en la acacia que daba sombra a la puerta de la reja del jardín. Otro personaje a quien recuerdo a caballo fue don Rafael Mallarino; abuelo de las hoy famosas actrices y de Víctor hijo, quien en fino alazán, de botas y briches iba desde su casa, en la 64 con séptima, hasta el Gimnasio Moderno, en donde era profesor.

Me viene a la memoria una anécdota que voy a referir sin dar el nombre del santo, por respeto. Eran tres amigos que con frecuencia "se corrían unos vidrios" en las tiendas del barrio, siempre limpias y acogedoras en donde, en ocasiones, en una pequeña salita detrás del mostrador y las más de las veces sentados sobre un costal de papa, charlaban, contaban cuentos y se tomaban sus aguardientes. Se llamaban Julián, Evaristo y Rafael y el día de mi historia Evaristo no los había acompañado por encontrarse enfermo. Al despedirse, muy subidos de copas, Rafael le dijo a su amigo: "Hasta mañana Julián y saludes a Evaristo/que siento mucho en el alma/no haberlo podido visto". Era el conocido ingenio de los bogotanos.

La ciudad estaba llena de niños pobres, a quienes llamábamos "los chinos de la calle". Vestidos en harapos, con sólo una camisa rota cubriéndoles el torso y si acaso una ruanita deshí-lachada y sucia, sobre unos pantalones de manta y descalzos o con unos alpargates roídos, deambulaban por las calles pidiendo limosna, o se sostenían vendiendo periódicos o de *emboladores*, que era el nombre con que se conocían los limpiabotas; con la menor disculpa peleaban entre ellos, *coqueaban*, dándose puños y patadas, puñetazos y guarapazos, que les dejaban chichones y pisteros sobre la cara sucia y la cabeza despeinada. Y al llegar la noche, se acostaban a dormir en la calle, contra algún zaguán o a la sombra de un alero, agrupándose y apretujándose los unos con los otros, cubiertos con periódicos "para hacer la calurosa". Así transcurría su pobre existencia, y, las más de las veces, crecían para convertirse en ladrones y malhechores, que iban a dar con sus huesos en la cárcel.

Es mucho lo que ha cambiado y lo que ha prosperado el país, aun cuando hay mucho por hacer. Con el esfuerzo de todos debemos seguir avanzando en busca de mayor igualdad entre los colombianos.